

El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número tres

Un viñedo de vino tinto

Jeff Pippenger

2025-12-03

Terminamos el artículo anterior con la pregunta: "Con estos conceptos establecidos, puede plantearse la pregunta: ¿cómo es que el 11 de septiembre el libro de Joel se convirtió en el mensaje que Pedro identificó en Pentecostés?"

Pedro señalaba que Joel se estaba cumpliendo el día de Pentecostés, lo cual es un punto en el tiempo que marca el fin del período de Pentecostés. En el período de Pentecostés hubo una manifestación del Espíritu Santo al principio, y luego una manifestación mayor del Espíritu Santo al final. Entendiendo por la fe que tanto la Biblia como el Espíritu de Profecía aplican el libro de Joel al tiempo de la lluvia tardía, podemos saber que el libro de Joel llegó a ser verdad presente en 9/11; y que cada elemento del libro hablará directamente de la historia profética que comienza en 9/11 y se extiende hasta incluir las siete últimas plagas, que Joel identifica como el "día del Señor".

Tal como lo tipifica 1888, el 11 de septiembre la presentación del mensaje de Laodicea se convirtió en verdad presente de prueba. Isaías tipifica ese mismo mensaje en el capítulo 58 con la voz de trompeta mostrando al pueblo de Dios sus transgresiones. El "día" en que Isaías comienza a alzar su voz como trompeta es el mismo día en que canta el cántico de la viña.

En aquel día cantadle: Viña de vino rojo. Yo, el Señor, la guardo; la regaré a cada momento; para que nadie la dañe, la guardaré de noche y de día. No hay furor en mí; ¿quién pondrá contra mí en batalla zarzas y espinos? Pasaría a través de ellos, los quemaría juntos. O que se aferre a mi fortaleza, para que haga paz conmigo; y hará paz conmigo. Hará que los que proceden de Jacob echen raíz; Israel florecerá y echará brotes, y llenará la faz del mundo de fruto. Isaías 27:2-6.

El Israel espiritual moderno "florecerá y brotará, y llenará la faz del mundo de fruto" durante el período de la lluvia tardía, pues la lluvia temprana hace brotar y florecer la planta, y la lluvia tardía produce el fruto. Cuando los edificios de Nueva York se derrumbaron el 11 de septiembre, descendió el poderoso ángel de Apocalipsis dieciocho y la lluvia tardía comenzó a caer. En ese momento, los atalayas de Dios debían tocar la trompeta a la iglesia de Laodicea. El mensaje de Isaías que identifica los pecados del pueblo de Dios es también el cántico de la viña de vino tinto. El primer capítulo de Joel es ese mismo mensaje.

La palabra del Señor que vino a Joel, hijo de Pethuel.

Oíd esto, ancianos, y prestad oído, todos los habitantes de la tierra. ¿Ha acontecido esto en vuestros días, o aun en los días de vuestros padres? Contadlo a vuestros hijos, y que vuestros hijos lo cuenten a sus hijos, y sus hijos a otra generación.

Lo que quedó de la oruga lo comió el saltón; y lo que quedó del saltón lo comió el revoltón; y lo que quedó del revoltón lo comió la langosta.

Despertad, borrachos, y llorad; y aullad, todos los que bebéis vino, por el vino nuevo; porque os ha sido quitado de la boca.

Porque una nación ha subido contra mi tierra, poderosa e innumerable, cuyos dientes son dientes de león, y tiene muelas de un gran león. Ha arrasado mi vid y ha descortezado mi higuera: la ha dejado completamente desnuda y la ha arrojado; sus ramas han quedado blancas. Lamentad como virgen ceñida de cilicio por el esposo de su juventud. La ofrenda de cereal y la libación han sido retiradas de la casa del Señor; los sacerdotes, ministros del Señor, lloran. El campo está devastado, la tierra se lamenta; porque el grano está arruinado: el vino nuevo se ha secado, el aceite languidece.

Avergüencense, oh labradores; aúllen, oh viñadores, por el trigo y por la cebada; porque ha perecido la cosecha del campo. La vid se ha secado y la higuera languidece; el granado, la palmera también y el manzano, aun todos los árboles del campo, se han marchitado: porque la alegría se ha marchitado de entre los hijos de los hombres.

Ceñíos y lamentad, sacerdotes; aullad, ministros del altar; venid, pasad la noche en cilicio, ministros de mi Dios, porque la ofrenda y la libación han sido quitadas de la casa de vuestro Dios. Santificad un ayuno, convocad asamblea solemne, reunid a los ancianos y a todos los habitantes de la tierra en la casa del Señor vuestro Dios, y clamad al Señor: ¡Ay del día!, porque cercano está el día del Señor, y vendrá como destrucción del Todopoderoso. ¿No ha sido suprimido delante de nuestros ojos el alimento, y de la casa de nuestro Dios el gozo y la alegría? La semilla se ha podrido bajo sus terrones, los graneros han quedado desolados, los alfolíes se han derrumbado, porque el grano se ha secado. ¡Cómo gimen las bestias! Los hatos de ganado están desconcertados, porque no tienen pasto; aun los rebaños de ovejas han sido asolados.

Oh Señor, a ti clamaré, porque el fuego ha devorado los pastos del desierto, y la llama ha quemado todos los árboles del campo. Las bestias del campo claman también a ti, porque los ríos se han secado, y el fuego ha devorado los pastos del desierto. Joel 1:1-20.

El primer capítulo de Joel aborda la destrucción de la viña de Dios. Isaías establece “aquel día” como el día cuando comienza la lluvia tardía, pues ese día las plantas comienzan a florecer y a brotar. El hecho de que Isaías nos informe que el pueblo de Dios “echará raíces”, “florecerá y brotará” y llenará la tierra de “fruto” ilustra una historia progresiva de tres pasos. Una planta echa “raíces” en la tierra. Por lo tanto, “echar raíces” significa estar sobre el suelo, que es el nivel del suelo o el fundamento. Los que “salen de Jacob” “echan raíces” y entonces son llamados “Israel”. Los que salen de la experiencia laodicense son entonces llamados filadelfianos, aunque para retener esa experiencia se requiere victoria en un proceso de prueba que culmina en la ley dominical.

La relación profética de Jacob (el suplantador) e Israel (el vencedor) señala que, en el 11 de septiembre, quienes "echan raíces" al volver a los fundamentos entran allí y entonces en una

relación de pacto. Proféticamente, un cambio de nombre es un símbolo de pacto, como se representa en el paso de Abram a Abraham, de Sarai a Sara, de Jacob a Israel y otros. En el versículo, quienes regresaron a las antiguas verdades fundamentales en el 11 de septiembre entraron en una relación de pacto cuando la lluvia comenzó a producir flores y brotes. En la ley dominical, el mundo entero se llenará de "fruto", ya que entonces la lluvia se derramará sin medida.

Isaías debe estar de acuerdo con Isaías y, por supuesto, con todos los demás profetas; pero a Isaías le toca alzar su voz como trompeta y mostrar a los adventistas del séptimo día laodiceños sus pecados en el contexto del cántico de la viña. Ese cántico fue entonado por Jesús en la parábola de la viña. La viña lo hizo llorar cuando, por última vez antes de la cruz, contempló Jerusalén, sabiendo que el Israel antiguo había llegado al fin de su período de probación y estaba siendo dejado de lado como pueblo del pacto de Dios. Simultáneamente, Cristo estaba entrando en un pacto con un pueblo que produciría los frutos apropiados de la viña de Dios. Ya sea la historia de la viña de Josué al principio o la de Jesús al final, aquellos que llegaron a ser el pueblo del nuevo pacto tipificaban a los ciento cuarenta y cuatro mil.

Cristo habló de la profecía de la viña de Isaías, como también lo hace la hermana White.

La parábola de la viña no se aplica solamente a la nación judía. Tiene una lección para nosotros. La iglesia en esta generación ha sido dotada por Dios con grandes privilegios y bendiciones, y Él espera frutos correspondientes. Parábolas de Jesús, 296.

Resulta instructivo leer el pasaje que conduce a la última declaración del Espíritu de Profecía.

Capítulo 23-La viña del Señor

La nación judía

La parábola de los dos hijos fue seguida por la parábola de la viña. En la primera, Cristo había puesto ante los maestros judíos la importancia de la obediencia. En la segunda, Él señaló las abundantes bendiciones otorgadas a Israel y, en ellas, mostró el derecho de Dios a su obediencia. Les presentó la gloria del propósito de Dios, que mediante la obediencia habrían podido cumplir. Descorriendo el velo del futuro, mostró cómo, al no cumplir Su propósito, toda la nación estaba perdiendo Su bendición y trayendo ruina sobre sí misma.

'Había cierto propietario', dijo Cristo, 'que plantó una viña, la cercó alrededor, cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a labradores y se fue a un país lejano'.

El profeta Isaías ofrece una descripción de esta viña: 'Ahora cantaré a mi amado un canto de mi amado acerca de su viña. Mi amado tiene una viña en una colina muy fértil; y la cercó, y quitó de ella las piedras, y la plantó con la vid más escogida, y edificó una torre en medio de ella, e hizo también en ella un lagar; y esperó que diera uvas.' Isaías 5:1, 2.

El labrador elige un pedazo de tierra del yermo; lo cerca, lo limpia y lo labra, y lo planta con vides escogidas, esperando una rica cosecha. Este pedazo de terreno, por su superioridad sobre el yermo inculto, espera que le honre mostrando los resultados de su cuidado y trabajo en su

cultivo. Así Dios había escogido de entre el mundo a un pueblo para ser formado y educado por Cristo. El profeta dice: “La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá, su plantío deleitoso”. Isaías 5:7. Sobre este pueblo Dios había otorgado grandes privilegios, bendiciéndolos ricamente con su abundante bondad. Esperaba que lo honraran dando fruto. Debían revelar los principios de su reino. En medio de un mundo caído y malvado, debían representar el carácter de Dios.

Como viña del Señor, debían producir un fruto por completo distinto del de las naciones paganas. Estos pueblos idólatras se habían entregado a obrar la maldad. La violencia y el crimen, la codicia, la opresión y las prácticas más corruptas se practicaban sin freno. La iniquidad, la degradación y la miseria eran los frutos del árbol corrupto. En marcado contraste había de ser el fruto que diese la vid plantada por Dios.

Fue el privilegio de la nación judía representar el carácter de Dios tal como le había sido revelado a Moisés. En respuesta a la oración de Moisés: 'Muéstrame tu gloria', el Señor prometió: 'Haré pasar toda mi bondad delante de ti'. Éxodo 33:18, 19. 'Y el Señor pasó delante de él y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, tardo para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia para millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado'. Éxodo 34:6, 7. Este era el fruto que Dios deseaba de su pueblo. En la pureza de sus caracteres, en la santidad de sus vidas, en su misericordia y benignidad y compasión, debían mostrar que 'la ley del Señor es perfecta, que convierte el alma'. Salmo 19:7.

A través de la nación judía, el propósito de Dios era impartir ricas bendiciones a todos los pueblos. Por medio de Israel debía prepararse el camino para la difusión de su luz a todo el mundo. Las naciones del mundo, por seguir prácticas corruptas, habían perdido el conocimiento de Dios. Sin embargo, en su misericordia, Dios no las borró de la existencia. Se propuso darles la oportunidad de llegar a conocerlo a través de su iglesia. Dispuso que los principios revelados por medio de su pueblo fueran el medio para restaurar en el hombre la imagen moral de Dios.

Fue para el cumplimiento de este propósito que Dios llamó a Abraham a salir de su parentela idólatra y le ordenó vivir en la tierra de Canaán. 'Haré de ti una gran nación', dijo Él, 'y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre; y serás bendición.' Génesis 12:2.

Los descendientes de Abraham —Jacob y su posteridad— fueron llevados a Egipto para que, en medio de aquella gran y malvada nación, revelaran los principios del reino de Dios. La integridad de José y su maravillosa labor al preservar la vida de todo el pueblo egipcio fueron una representación de la vida de Cristo. Moisés y muchos otros fueron testigos de Dios.

Al sacar a Israel de Egipto, el Señor nuevamente manifestó Su poder y Su misericordia. Sus obras maravillosas en su liberación de la esclavitud y Sus tratos con ellos en sus viajes por el desierto no fueron solo para su beneficio. Estas debían ser un ejemplo aleccionador para las naciones circundantes. El Señor se reveló como un Dios por encima de toda autoridad y grandeza humanas. Las señales y maravillas que Él obró en favor de Su pueblo mostraron Su poder sobre la naturaleza y sobre los más grandes de aquellos que adoraban la naturaleza. Dios

pasó por la orgullosa tierra de Egipto como pasará por la tierra en los últimos días. Con fuego y tempestad, terremoto y muerte, el gran YO SOY redimió a Su pueblo. Los sacó de la tierra de servidumbre. Los condujo por el 'desierto grande y terrible, donde había serpientes ardientes, y escorpiones, y sequía.' Deuteronomio 8:15. Les sacó agua de 'la peña de pedernal', y los alimentó con 'el trigo del cielo'. Salmo 78:24. 'Porque', dijo Moisés, 'la porción del Señor es Su pueblo; Jacob es la suerte de Su heredad. Lo halló en tierra desierta, y en la soledad de un desierto inhóspito; lo condujo, lo instruyó, lo guardó como a la niña de Sus ojos. Como el águila que agita su nido, revolotea sobre sus polluelos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus alas: así el Señor solo lo guió, y no hubo con él dios extraño.' Deuteronomio 32:9-12. Así los acercó a Él mismo, para que habitaran como bajo la sombra del Altísimo.

Cristo fue el guía de los hijos de Israel en sus peregrinaciones por el desierto. Velado por la columna de nube de día y por la columna de fuego de noche, los condujo y los guió. Los preservó de los peligros del desierto, los introdujo en la tierra de la promesa, y a la vista de todas las naciones que no reconocían a Dios estableció a Israel como su heredad escogida, la viña del Señor.

A este pueblo le fueron confiados los oráculos de Dios. Estaban cercados por los preceptos de su ley, los principios eternos de la verdad, la justicia y la pureza. La obediencia a estos principios había de ser su protección, pues los salvaría de destruirse a sí mismos mediante prácticas pecaminosas. Y, como la torre en la viña, Dios colocó en medio de la tierra su santo templo.

Cristo fue su instructor. Así como había estado con ellos en el desierto, así seguiría siendo su maestro y guía. En el tabernáculo y en el templo, su gloria moraba en la santa shekiná sobre el propiciatorio. En favor de ellos manifestaba constantemente las riquezas de su amor y paciencia.

Dios deseó hacer de Su pueblo Israel motivo de alabanza y de gloria. Cada ventaja espiritual les fue concedida. Dios no les negó nada favorable a la formación del carácter que los hiciera representantes de Sí mismo.

Su obediencia a la ley de Dios los convertiría en prodigios de prosperidad ante las naciones del mundo. Aquel que podía darles sabiduría y destreza en toda obra ingeniosa seguiría siendo su Maestro, y los ennoblecería y elevaría mediante la obediencia a Sus leyes. Si obedecían, serían preservados de las enfermedades que afligían a otras naciones y serían bendecidos con vigor intelectual. La gloria de Dios, Su majestad y Su poder habían de revelarse en toda su prosperidad. Debían ser un reino de sacerdotes y príncipes. Dios les proporcionó todos los medios para convertirse en la nación más grande de la tierra.

De la forma más inequívoca, Cristo, por medio de Moisés, les había presentado el propósito de Dios y había dejado claras las condiciones de su prosperidad. “Tú eres un pueblo santo para el Señor tu Dios —dijo—; el Señor tu Dios te ha escogido para ser un pueblo especial para Él, por encima de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra... Reconoce, pues, que el Señor tu Dios es Dios, el Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos hasta mil generaciones... Guardarás, pues, los mandamientos, los

estatutos y los juicios que te mando hoy, para cumplirlos. Y sucederá que, si escuchas estos juicios y los guardas y los cumples, el Señor tu Dios guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres; y te amará, te bendecirá y te multiplicará; también bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra: tu grano, tu vino y tu aceite; la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres darte. Serás bendito sobre todos los pueblos... Y el Señor apartará de ti toda enfermedad, y no pondrá sobre ti ninguna de las malas enfermedades de Egipto, que tú conoces.” Deuteronomio 7:6, 9, 11-15.

Si guardaban Sus mandamientos, Dios prometió darles lo mejor del trigo y sacarles miel de la peña. Con larga vida los saciaría y les mostraría Su salvación.

Por la desobediencia a Dios, Adán y Eva habían perdido el Edén, y a causa del pecado toda la tierra quedó bajo maldición. Pero si el pueblo de Dios seguía Sus instrucciones, su tierra recobraría su fertilidad y belleza. El mismo Dios les dio instrucciones respecto al cultivo del suelo, y debían cooperar con Él en su restauración. Así, toda la tierra, bajo el control de Dios, se convertiría en una lección práctica de verdad espiritual. Así como en obediencia a Sus leyes naturales la tierra debía producir sus tesoros, así también en obediencia a Su ley moral los corazones del pueblo debían reflejar los atributos de Su carácter. Aun los paganos reconocerían la superioridad de los que servían y adoraban al Dios vivo.

'He aquí', dijo Moisés, 'yo os he enseñado estatutos y juicios, tal como el Señor mi Dios me mandó, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual entráis para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de las naciones, que oirán todos estos estatutos y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ella, como el Señor nuestro Dios lo está en todo cuanto le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley que hoy pongo delante de vosotros?' Deuteronomio 4:5-8.

Los hijos de Israel habían de ocupar todo el territorio que Dios les había asignado. Aquellas naciones que rechazaban la adoración y el servicio del Dios verdadero habían de ser desposeídas. Pero el propósito de Dios era que, mediante la revelación de Su carácter a través de Israel, los hombres fueran atraídos a Él. A todo el mundo debía darse la invitación del evangelio. Por medio de la enseñanza del servicio sacrificial, Cristo había de ser levantado ante las naciones, y todos los que miraran a Él vivirían. Todos los que, como Rahab la cananea y Rut la moabita, se apartaran de la idolatría para adorar al Dios verdadero, habían de unirse a Su pueblo escogido. A medida que los israelitas aumentaran en número, habían de ensanchar sus fronteras, hasta que su reino abarcara el mundo.

Dios deseó traer a todos los pueblos bajo su misericordioso gobierno. Deseó que la tierra estuviera llena de gozo y paz. Creó al hombre para la felicidad, y anhela llenar los corazones humanos con la paz del cielo. Desea que las familias de la tierra sean un símbolo de la gran familia del cielo.

Pero Israel no cumplió el propósito de Dios. El Señor declaró: 'Te planté como una vid noble, toda ella de simiente verdadera; ¿cómo, pues, te me has vuelto planta degenerada de vid

extraña?' Jeremías 2:21. 'Israel es una vid vacía; produce fruto para sí mismo.' Oseas 10:1. 'Y ahora, oh habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, os ruego que juzguéis entre Mí y Mi viña. ¿Qué más se podía hacer a Mi viña que Yo no le haya hecho? ¿Por qué, cuando esperé que diese uvas, dio uvas silvestres? Y ahora, pues, os diré lo que haré a Mi viña: quitaré su seto, y será devorada; derribaré su muro, y será hollada; y la dejaré desolada; no será podada ni cavada; sino que crecerán zarzas y espinos; también mandaré a las nubes que no derramen lluvia sobre ella. Porque ... Él esperó juicio, pero he aquí opresión; justicia, pero he aquí clamor.' Isaías 5:3-7.

El Señor había presentado por medio de Moisés a su pueblo el resultado de la infidelidad. Al negarse a guardar su pacto, se apartarían de la vida de Dios, y su bendición no podría venir sobre ellos. "Cuidate," dijo Moisés, "de no olvidarte del Señor tu Dios, dejando de guardar sus mandamientos, sus juicios y sus estatutos, que yo te mando hoy; no sea que cuando hayas comido y te hayas saciado, y hayas edificado hermosas casas y hayas habitado en ellas; y cuando se multipliquen tus vacas y tus ovejas, y se multipliquen tu plata y tu oro, y todo lo que tienes se multiplique; entonces se enorgullezca tu corazón y te olvides del Señor tu Dios... y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han conseguido esta riqueza... Y sucederá que, si de alguna manera llegas a olvidarte del Señor tu Dios, y sigues a otros dioses, y les sirves y los adoras, testifico hoy contra vosotros que ciertamente pereceréis. Como las naciones que el Señor destruye delante de vosotros, así pereceréis; porque no quisisteis obedecer la voz del Señor vuestro Dios." Deuteronomio 8:11-14, 17, 19, 20.

El pueblo judío no hizo caso de la advertencia. Se olvidaron de Dios y perdieron de vista su alto privilegio como Sus representantes. Las bendiciones que habían recibido no trajeron bendición al mundo. Se apropiaron de todas sus ventajas para su propia glorificación. Le robaron a Dios el servicio que Él les requería, y privaron a sus semejantes de guía religiosa y de un santo ejemplo. Como los habitantes del mundo antediluviano, siguieron toda imaginación de sus corazones perversos. Así hicieron que las cosas sagradas parecieran una farsa, diciendo: "El templo del Señor, el templo del Señor, son estos" (Jeremías 7:4), mientras al mismo tiempo tergiversaban el carácter de Dios, deshonraban Su nombre y profanaban Su santuario.

Los labradores encargados de la viña del Señor fueron infieles a la confianza depositada en ellos. Los sacerdotes y maestros no fueron fieles instructores del pueblo. No mantenían ante el pueblo la bondad y la misericordia de Dios ni Su derecho a su amor y servicio. Estos labradores buscaban su propia gloria. Deseaban apropiarse de los frutos de la viña. Era su propósito atraer la atención y el homenaje hacia sí mismos.

La culpa de estos líderes en Israel no era como la culpa del pecador común. Estos hombres estaban bajo la más solemne obligación para con Dios. Se habían comprometido a enseñar un 'Así dice el Señor' y a plasmar una estricta obediencia en su vida práctica. En lugar de hacer esto, estaban pervirtiendo las Escrituras. Ponían pesadas cargas sobre los hombres, exigiendo ceremonias que se extendían a cada aspecto de la vida. El pueblo vivía en constante inquietud, porque no podía cumplir las exigencias impuestas por los rabinos. Al ver la imposibilidad de guardar mandamientos de origen humano, se volvían descuidados respecto de los

mandamientos de Dios.

El Señor había instruido a Su pueblo que Él era el dueño de la viña, y que todas sus posesiones les habían sido dadas en depósito para usarlas para Él. Pero los sacerdotes y maestros no desempeñaban la labor de su sagrado oficio como si administraran la propiedad de Dios. Le robaban sistemáticamente los medios y recursos que se les habían confiado para el avance de Su obra. Su codicia y avaricia hicieron que aun los paganos los despreciaran. Así, el mundo de los gentiles recibió ocasión para malinterpretar el carácter de Dios y las leyes de Su reino.

Con corazón de padre, Dios tuvo paciencia con su pueblo. Les suplicó por medio de misericordias concedidas y de misericordias retiradas. Pacientemente puso sus pecados delante de ellos, y con longanimidad esperó su reconocimiento. Se enviaron profetas y mensajeros para reclamar a los labradores el derecho de Dios; pero en lugar de ser recibidos, fueron tratados como enemigos. Los labradores los persiguieron y los mataron. Dios envió otros mensajeros, pero recibieron el mismo trato que los primeros, solo que los labradores mostraron un odio aún más obstinado.

Como último recurso, Dios envió a Su Hijo, diciendo: "Reverenciarán a Mi Hijo." Pero su resistencia los había vuelto vengativos, y se dijeron entre sí: "Este es el heredero; venid, matémoslo y apoderémonos de Su herencia." Entonces nos quedaremos para disfrutar de la viña y hacer con su fruto lo que queramos.

Los gobernantes judíos no amaban a Dios; por lo tanto se apartaron de él y rechazaron todas sus propuestas para un arreglo justo. Cristo, el Amado de Dios, vino a hacer valer los derechos del dueño de la viña; pero los labradores lo trataron con manifiesto desprecio, diciendo: "No queremos que este hombre reine sobre nosotros". Envidiaban la hermosura del carácter de Cristo. Su manera de enseñar era muy superior a la de ellos, y temían su éxito. Él los amonestó, desenmascarando su hipocresía y mostrándoles los resultados seguros de su proceder. Esto los llevó a la locura. Les escocían las reprensiones que no podían acallar. Aborrecían la alta norma de justicia que Cristo presentaba continuamente. Vieron que su enseñanza los colocaba donde su egoísmo quedaría al descubierto, y determinaron matarlo. Aborrecían su ejemplo de veracidad y piedad y la espiritualidad elevada revelada en todo lo que hacía. Toda su vida fue una reprensión para su egoísmo, y cuando llegó la prueba final, la prueba que significaba obediencia para vida eterna o desobediencia para muerte eterna, rechazaron al Santo de Israel. Cuando se les pidió escoger entre Cristo y Barrabás, gritaron: "¡Suéltanos a Barrabás!" Lucas 23:18. Y cuando Pilato preguntó: "¿Qué, pues, haré de Jesús?", gritaron con fiereza: "¡Sea crucificado!" Mateo 27:22. "¿He de crucificar a vuestro Rey?", preguntó Pilato, y de parte de los sacerdotes y gobernantes vino la respuesta: "No tenemos más rey que el César". Juan 19:15. Cuando Pilato se lavó las manos, diciendo: "Soy inocente de la sangre de este justo", los sacerdotes se unieron a la turba ignorante para declarar apasionadamente: "¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" Mateo 27:24, 25.

Así, los dirigentes judíos hicieron su elección. Su decisión quedó registrada en el libro que Juan vio en la mano de Aquel que estaba sentado en el trono, el libro que nadie podía abrir. Con todo su espíritu de venganza, esta decisión aparecerá ante ellos en el día en que este libro sea des sellado por el León de la tribu de Judá.

El pueblo judío atesoraba la idea de que eran los favoritos del cielo y de que siempre serían exaltados como la iglesia de Dios. Decían que eran hijos de Abraham, y tan firme les parecía el fundamento de su prosperidad que desafiaban a la tierra y al cielo a despojarlos de sus derechos. Pero con vidas de infidelidad se estaban preparando para la condena del cielo y para la separación de Dios.

"En la parábola de la viña, después de que Cristo había presentado ante los sacerdotes el colmo de su maldad, Él les planteó la pregunta: 'Cuando, pues, venga el Señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?' Los sacerdotes habían seguido el relato con profundo interés y, sin considerar que el tema se refería a ellos, se unieron al pueblo para responder: 'Destruirá miserablemente a esos hombres malvados, y arrendará Su viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a su tiempo.'"

Sin saberlo, se habían dictado su propia sentencia. Jesús los miró, y bajo su penetrante mirada supieron que leía los secretos de sus corazones. Su divinidad se reveló ante ellos con poder inconfundible. Vieron en los labradores una imagen de sí mismos, y exclamaron involuntariamente: «¡Dios no lo quiera!»

Con solemnidad y pesar, Cristo preguntó: «¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo; esto es obra del Señor, y es maravilloso a nuestros ojos? Por tanto os digo: El reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a una nación que produzca sus frutos. Y cualquiera que cayere sobre esta piedra será quebrantado; pero sobre quien ella cayere, lo desmenuzará.»

Cristo habría evitado la ruina de la nación judía si el pueblo lo hubiera recibido. Pero la envidia y los celos los hicieron implacables. Decidieron que no recibirían a Jesús de Nazaret como el Mesías. Rechazaron la Luz del mundo y, desde entonces, sus vidas quedaron rodeadas de tinieblas, como la oscuridad de la medianoche. El destino anunciado sobrevino a la nación judía. Sus propias pasiones feroces, sin control, obraron su ruina. En su ciega furia se destruyeron unos a otros. Su orgullo rebelde y obstinado atrajo sobre ellos la ira de sus conquistadores romanos. Jerusalén fue destruida, el templo quedó en ruinas y su sitio fue arado como un campo. Los hijos de Judá perecieron por las más horribles formas de muerte. Millones fueron vendidos para servir como siervos en tierras paganas.

Como pueblo, los judíos no habían cumplido el propósito de Dios, y la viña les fue quitada. Los privilegios de los que habían abusado, la obra que habían desatendido, fueron encomendados a otros.

"La parábola de la viña no se aplica únicamente a la nación judía. Tiene una lección para nosotros. La iglesia en esta generación ha sido dotada por Dios de grandes privilegios y bendiciones, y Él espera resultados correspondientes." Parábolas de Jesús. 284-296.

El libro de Joel identifica la historia de la lluvia tardía al final del mundo. La lluvia tardía es el mensaje final de advertencia de Dios del tercer ángel de Apocalipsis catorce. Aunque la lluvia tardía representa el mensaje del tercer ángel, también representa el proceso de comunicación entre la Divinidad y la humanidad, simbolizado por el aceite dorado de Zacarías, las lluvias temprana y tardía, el fuego del altar y otras representaciones. La lluvia tardía no es solo un mensaje y el

proceso de comunicación entre Dios y el hombre, sino que también es la única "metodología" santificada de estudio bíblico sustentada en la Palabra de Dios. Esa metodología es la de Isaías: "línea sobre línea", que se encuentra en el capítulo veintiocho.

Al inicio tanto del Israel antiguo como del moderno, Dios, "el labrador", sacó a Israel "del desierto". Ya sea la cautividad de cuatrocientos treinta años en Egipto o la cautividad de la Edad de las Tinieblas desde 538 hasta 1798, Israel fue sacado "del desierto", porque un "desierto" es símbolo de esclavitud y cautiverio. Ya sea el Israel antiguo literal o el Israel moderno espiritual, Dios los libró de una cautividad en el desierto y los "estableció" "como su propia posesión escogida, la viña del Señor", llamados a ser sacerdotes y príncipes a quienes "se les confió" el privilegio de representar "los oráculos de Dios". Los "oráculos" para el Israel antiguo eran la Ley y, para el Israel moderno, tanto la Ley como las profecías.

«Dios ha llamado a Su iglesia en este tiempo, como llamó al antiguo Israel, a permanecer como una luz en la tierra. Mediante el poderoso hacha de la verdad, los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles, Él los ha separado de las iglesias y del mundo para llevarlos a una sagrada cercanía con Él mismo. Los ha constituido depositarios de Su ley y les ha encomendado las grandes verdades de la profecía para este tiempo. Como los santos oráculos confiados al antiguo Israel, estos son un sagrado depósito que ha de ser comunicado al mundo. Los tres ángeles de Apocalipsis 14 representan al pueblo que acepta la luz de los mensajes de Dios y sale como Su agente para hacer resonar la amonestación a lo largo y ancho de la tierra.»
Testimonios, tomo 5, 455.

El Israel moderno fue ordenado para proclamar el gran clamor del tercer ángel bajo el poder de la lluvia tardía, manifestando el carácter de Cristo en su experiencia personal bajo el poder del Espíritu Santo. El gran clamor del tercer ángel se cumple durante el derramamiento de la lluvia tardía, en un tiempo cuando una clase de hombres embriagados con el vino de Babilonia promueve un falso mensaje de "paz y seguridad" acerca de la lluvia tardía. Estos son los borrachos de Efraín de los que habla Isaías y los bebedores de vino de Joel, a quienes se les ha quitado de la boca el vino nuevo. Los que reciben el verdadero mensaje de la lluvia tardía están representados por Daniel, Misael, Hananías y Azarías, quienes rechazaron los manjares babilónicos en favor del alimento celestial. Estos son los ciento cuarenta y cuatro mil que cantan el cántico de Moisés y del Cordero, pero también el de la viña, pues la parábola de la viña se cumplió en la historia de Moisés al comienzo de la relación de pacto del antiguo Israel, y se cumplió de nuevo al final de la relación de pacto del antiguo Israel en la historia del Cordero.

El cántico de la viña concluye con que un antiguo pueblo del pacto es dejado de lado mientras un nuevo pueblo del pacto es desposado con el Señor. El Señor pasó por alto a los que murieron durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto e hizo pacto con Josué al mismo tiempo que repudiaba a los que morirían. El Señor estaba repudiando al antiguo Israel al mismo tiempo que se desposaba con la iglesia cristiana. El alfa, o principio de la historia, está representado por Moisés, y la omega está representada por el Cordero. La historia que ambos representan es la historia de la parábola de la viña; así, el cántico de la viña de Isaías es el cántico de Moisés y del Cordero de Juan el Revelador.

Continuaremos estas reflexiones en el próximo artículo.

Estas no son palabras de la hermana White, sino palabras del Señor, y su mensajero me las ha dado para que se las dé a ustedes. Dios les llama a que ya no obren en oposición a Él. Se dio mucha instrucción respecto de hombres que pretenden ser cristianos mientras revelan los atributos de Satanás, contrarrestando en espíritu, palabra y acción el avance de la verdad, y sin duda siguiendo la senda por la que Satanás los conduce. En la dureza de su corazón se han arrogado autoridad que de ninguna manera les pertenece y que no deberían ejercer. Dice el gran Maestro: "Yo trastornaré, trastornaré, trastornaré". Hay quienes dicen en Battle Creek: "El templo del Señor, el templo del Señor somos", pero están usando fuego común. Sus corazones no están ablandados ni subyugados por la gracia de Dios. Manuscript Releases, volumen 13, 222.

La paciencia de Dios tiene un propósito, pero ustedes la están frustrando. Él está permitiendo que sobrevenga un estado de cosas que a ustedes les gustaría ver contrarrestado con el tiempo, pero será demasiado tarde. Dios ordenó a Elías ungir como rey de Siria al cruel y engañoso Hazael, para que fuese un azote para el Israel idólatra. ¿Quién sabe si Dios no los entregará a los engaños que aman? ¿Quién sabe si los predicadores fieles, firmes y veraces no serán los últimos en ofrecer el evangelio de paz a nuestras iglesias ingratas? Puede ser que los destructores ya estén entrenándose bajo la mano de Satanás y solo esperen la partida de unos cuantos portaestandartes más para ocupar sus lugares, y, con voz de falso profeta, clamar: "Paz, paz", cuando el Señor no ha hablado paz. Rara vez lloro, pero ahora encuentro mis ojos cegados por las lágrimas; están cayendo sobre mi papel mientras escribo. Puede ser que en breve todas las profecías entre nosotros lleguen a su fin, y la voz que ha sacudido al pueblo ya no perturbe sus sueños carnales.

"Cuando Dios haga su extraña obra en la tierra, cuando manos santas ya no lleven más el arca, ¡ay del pueblo! ¡Oh, si también tú conocieses, aun tú, en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! ¡Oh, que nuestro pueblo, como Nínive, se arrepienta con todas sus fuerzas y crea con todo su corazón, para que Dios aparte de ellos el ardor de su ira!" Testimonios, volumen 5, 77.

"Si te entregas a la obstinación del corazón, y por orgullo y justicia propia no confiesas tus faltas, quedarás sujeto a las tentaciones de Satanás. Si cuando el Señor te revela tus errores no te arrepientes ni haces confesión, su providencia te hará pasar por el mismo terreno una y otra vez. Se te dejará cometer errores de carácter similar; seguirás careciendo de sabiduría, y llamarás al pecado justicia, y a la justicia pecado. La multitud de engaños que prevalecerán en estos postreros días te rodeará, y cambiarás de líderes, sin saber que lo has hecho." Review and Herald, 16 de diciembre de 1890.